

[internacional]

AFGANISTÁN,

Miembros de la Comisión Electoral afgana recuentan votos el pasado 17 de abril en un colegio de Herat.

el difícil vuelo del ave Fénix

Las elecciones presidenciales, de cuya seguridad se han encargado por primera vez las fuerzas afganas, constatan el renacer de un país que partió de cero

AFGANISTÁN empieza a ser dueño de su propio destino. El próximo 14 de junio se celebrará la segunda vuelta de unas elecciones totalmente democráticas (nunca antes se había producido un traspaso entre dos presidentes elegidos por las urnas) y que en su primera vuelta se desarrollaron en unas condiciones de relativa normalidad inimaginables hasta ahora en el país asiático. El 5 de abril el pueblo afgano demostró a propios y extraños que quiere acabar con las ataduras del miedo y que, a pesar de estar hecho al sufrimiento, está aprendiendo a decir basta: cerca de siete de millones de afganos (el 65 por 100 de los electores, 35

por 100 de ellos mujeres) vencieron a las amenazas de los talibanes, la orografía y las penurias de los caminos y acudieron a ejercer su derecho. Ningún candidato obtuvo la mayoría, por lo que los dos más votados —Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani— serán quienes se enfrenten para decidir cuál de ellos dirigirá el país durante los próximos seis años. Gane quien gane, la legitimidad obtenida en las urnas en la primera vuelta les otorga una credibilidad jamás obtenida. Hasta las de este año, en todos los comicios realizados en el país se han producido denuncias sobre manipulación de los resultados (en las presidenciales de 2009, uno de los actuales candidatos, Abdullah, renunció a la segunda vuelta

como desplante por supuestas irregularidades). Pero el pasado 14 de mayo, la Comisión Electoral Independiente de Afganistán, avalada por los observadores internacionales, constató la validez de los resultados al no detectar indicios de fraude. El vuelo del nuevo Afganistán se inicia con un buen despegue.

Eso sí, fácil no va a ser. El nuevo presidente lo será de un Afganistán que tiene que demostrar que es capaz de consolidarse como un auténtico Estado de Derecho. Finalizada la era Karzai (las limitaciones constitucionales han impedido la posibilidad de un tercer mandato del hombre que ha estado al frente del país desde la caída de los talibanes) deberá constituir el primer ejecutivo sin la



Un grupo de hombres y mujeres escuchan en Argu a Abdullah Abdullah, uno de los candidatos elegidos para la segunda vuelta.

Muhammad Sharif/EEF

tutela internacional y las cortapisas de un país en guerra. Será, además, quien ostente el mando de unas Fuerzas Nacionales de Seguridad Afganias (ANSF en sus siglas en inglés) plenamente operativas. A partir del 1 de enero del 2015, la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) de la OTAN dará por cumplida su misión de pacificación. Desde ese momento, la defensa del país —incluida la lucha contra la insurgencia talibán— será competencia de los afganos. El objetivo fijado de 352.000 efectivos para las ANSF ya está prácticamente conseguido: 195.000 son del Ejército (ANA) y los otros 157.000 de la Policía (ANP).

Quien resulte elegido también tendrá que negociar el acuerdo estratégico que legisle la permanencia de las tropas extranjeras en el país. El pasado 27 de mayo, el presidente estadounidense Barack Obama, anunció que una vez concluida la ISAF, mantendrá desplegados en Afganistán 9.800 soldados. Esta cifra se reducirá a la mitad en diciembre de 2015 y, un año después, al finalizar 2016 se retirarán todas los soldados norteamericanos del país asiático. Un ca-

lendario que deberá aprobar el convenio pendiente de firmar y cuyo punto más delicado (tras más de un año de negociación no se ha conseguido un acuerdo con Karzai) es garantizar la inmunidad judicial de las tropas estadounidenses. Washington quiere mantener ocho bases en el país esos dos años en Kabul, Bagram, Mazar-i-Sharif, Jalalabad, Gardez, Kandahar, Helmand y Herat.

Pero el mayor reto del nuevo líder afgano será garantizar la gobernanza política —son prioritarias las áreas de educación, justicia, hacienda y desarrollo— y conseguir la reconciliación nacional en un modelo de sociedad que aglutine la diversidad étnica de un país

*Estados Unidos
mantendrá 9.800
soldados en 2015
y se retirará en
2016*

tribal castigado por decenios de guerra, la corrupción, la intransigencia religiosa y el narcotráfico (es el segundo productor del mundo de heroína y el primero en cuanto a vía de acceso hacia Europa). Afganistán tiene 29 de millones de habitantes, además de 2,5 millones de refugiados en Pakistán y un millón en Irán. Los pastunes constituyen el 42 por 100 de la población; los tayikos el 27; los zaharas el 9 por 100 y los turkmenos el 3. La violencia ha estado arraigada al pueblo afgano durante siglos. Un dicho pastún reza «Yo contra mi hermano y mi hermano y yo contra mi enemigo». Además, su estratégica ubicación en el corazón de Asia ha convertido a su tierra en codiciado objeto de deseo. El papel que jueguen los países de su entorno — Pakistán, Irán, India, las repúblicas ex soviéticas de Asia Central, China y Rusia — será crucial para su futuro.

COMPROMISO INTERNACIONAL

Muchos y complejos retos en los que el nuevo presidente afgano no va a estar solo. Desde que en 2001 las Naciones Unidas pidieron al mundo que ayudara al país asiático a terminar con el yugo



Guardias civiles españoles — cuya misión de mentorización finalizó el pasado mayo — adiestran a policías afganos en la provincia de Herat.

de los talibanes, ha habido que partir de cero y ofrecer apoyo económico, militar, político y humanitario. En la última Conferencia de Bonn celebrada en diciembre de 2011 (desde 2001, se han sucedido conversaciones en esta ciudad alemana para fijar la ayuda para Afganistán) la comunidad internacional decidió mantener una asociación duradera con Kabul en lo que denominó la «década de la transformación» (2015-2024). Dos reuniones posteriores han materializado en áreas concretas cómo ha sido y será esa ayuda: en la Cumbre de la OTAN en Chicago, de julio de 2012, en la que la Alianza y Karzai firmaron el denominado Acuerdo de Asociación Estratégica que determinó la permanencia de las tropas aliadas en el país más allá de 2014 en labores de adiestramiento y formación, apoyo al transporte, asistencia sanitaria, lucha contra el terrorismo de *Al Qaeda* y colaboración contra el tráfico de drogas. Casi de forma simultánea, en el verano de 2012, en la Conferencia de Tokio los países donantes acordaron un plan de desarrollo decenal, con revisiones bienales. Se comprometieron 16.000 millones de dólares en cuatro años (hasta el 2015) para invertir en tres áreas consideradas clave: seguridad, desarrollo económico y gobernanza. La Misión de las Naciones Unidas para Afganistán (UNAMA), ha sido la responsable de supervisar la reconstrucción y de ir cediendo competencias de manera progresiva al gobierno afgano.

El subdesarrollo y la falta de infraestructuras —en la foto, una panadería de Kabul— requieren fuertes inversiones de la comunidad internacional.



En este momento, y asumiendo las dificultades del camino emprendido, lo cierto es que el pueblo afgano puede mirar al futuro. Una población joven y dinámica (siete de cada diez afganos tiene menos de 25 años) constata con sus propios ojos —más en las ciudades que en el campo— cómo las ingentes cantidades que la comunidad internacional ha invertido en reconstrucción afloran en un país con nuevas infraestructuras, escuelas u hospitales.

Actualmente hay ocho millones de niños escolarizados (el 20 por 100 de ellos, niñas) que suponen un incremento considerable respecto al millón (casi en su totalidad varones) que lo estaban durante el régimen talibán. En los últimos

dos años se ha multiplicado por diez el número de afganos que tienen acceso a la sanidad primaria.

La inestabilidad, aunque presente, ya no asola el país y, sobre todo, existen opciones para que la juventud afgana pueda salir de la espiral de violencia que la ha marcado durante decenios. Se calcula que los insurgentes siguen contando con unos 30.000 hombres armados. Los grupos principales, asumiendo que el papel de *Al Qaeda* es residual en un par de provincias del noroeste, son tres: los talibanes, centrados en las provincias de Kandahar y Helmand, en el sur; la red del clan Haqqani, con base en el Kazaristán paquistaní y orientada hacia las provincias de Khost, Logar y Ghaznik;

y el grupo Hezb-e-Islami Gulbuddin, con peso en las provincias de Nuristán, Nangarhar, Kunar y Laghman.

No obstante, y con todas las suspicacias necesarias, hay que resaltar que la política de negociación con los talibanes moderados y de integración de los *muyahidines* aplicada por la Alianza Atlántica y el gobierno afgano en los últimos años está dando sus frutos. La mayoría de los antiguos miembros de los ejércitos de los *señores de la guerra* engrosan ahora las filas de las nuevas Fuerzas Armadas y la policía, y algunos de sus líderes han optado por la vía política. En junio de 2013 y bajo los auspicios de Estados Unidos, los talibanes abrieron en Doha (la capital de Catar) una oficina permanente para entablar conversaciones con el gobierno de Kabul.

EL TRIUNFO DE VOTAR

Es evidente que el éxito de las elecciones de abril ha despejado muchas dudas sobre la mayoría de edad de Afganistán. Se emitieron un total de 6.892.816 votos sobre un censo no demasiado preciso que se estima en unos 13 millones de electores, lo que supone una muy alta participación: se alcanzó el 65 por 100 frente al 38,8 de los anteriores comicios celebrados en 2009. Pero lo más significativo fue la ausencia de atentados notables. El ministro de interior, Ahmad Yusuf Nuristani, indicó que en toda la jornada murieron 12 civiles y cuatro policías; las bajas entre los talibanes fueron de 176 fallecidos (en 2009, fueron cerca de un millar los civiles muertos).

Tan sólo 200 de los 6.800 colegios electorales no pudieron abrir por las amenazas o la destrucción de las urnas; otros 600 no estuvieron disponibles pero fue por motivos de organización o logísticos. En la provincia de Khandahar, el feudo por antonomasia de los talibanes, no hubo ningún altercado (en 2009, 30 bombas estallaron en esa provincia).

Y, quizás lo más importante es que, por primera vez, la seguridad ha estado a cargo de las fuerzas afganas. Desplegadas casi en su totalidad y a lo largo y ancho del país (participaron en el dispositivo especial de seguridad 320.000



La base de Herat colabora con las elecciones

La base de apoyo avanzado de Herat, donde están desplegadas varias unidades de las Fuerzas Armadas españolas dentro de la misión de la OTAN en el país asiático, ha participado en la distribución del material electoral en la zona oeste de Afganistán, que incluye las provincias de Herat, Ghor, Badghis y Farah.

En la primera vuelta de los comicios, en abril, el avión *C-130 Hércules* del destacamento *Mizar* y un *C-17* estadounidense realizaron cinco rotaciones para transportar desde Kabul a Herat los palés con las papeletas, folletos explicativos, urnas y cabinas de votación. Una vez descargado de los aviones, el material fue transportado en camiones por el personal afgano encargado de su distribución. En el proceso participaron los equipos de Protección de la Fuerza de la base, que se ocuparon de escoltar las comitivas de camiones desde la entrada al recinto militar hasta su salida de las instalaciones.

El 20 de mayo, el *Hércules* realizó otros dos vuelos con el material electoral necesario para la segunda vuelta de las elecciones, prevista para el 14 de junio.

Los traslados estuvieron supervisados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Dos de sus representantes volaron con la tripulación del avión y acompañaron el posterior traslado por tierra para verificar que la carga no fuese manipulada en ningún momento.

efectivos), fueron capaces de garantizar el derecho de sus conciudadanos a votar. Las tropas de la ISAF, en esta ocasión, solo supervisaron y colaboraron en tareas de logística y transporte.

Ninguno de los candidatos obtuvo el 50 por 100 de los votos necesarios para ser presidente, por lo que será necesaria una segunda vuelta el próximo 14 de junio cuyos resultados definitivos se sabrán a finales de julio. Los dos que optarán a la presidencia son Abdullah Abdullah —consiguió el 44,9 por 100 de los sufragios— y Ashraf Ghani, quien logró el 32,5. Ambos han participado en la construcción de Afganistán desde 2001 y mantienen buenas relaciones con Occidente. Pero sus personalidades no pueden ser más opuestas. Abdullah, de 53 años y

oftalmólogo de profesión, es un antiguo dirigente de la antitalibán *Liga Norte*. Tiene un hablar pausado y fama de paciente, de gran negociador. Por su parte Ghani, antropólogo y economista de 64 años, es conocido por su carácter intempestivo. Con una solvente carrera profesional en el exterior, llegó a ser un alto funcionario del Banco Mundial.

Contra todo pronóstico y como muestra de un claro deseo de iniciar una nueva época, el candidato oficialista presentado como sucesor de Hamid Karzai, Zalmay Rasul, tan sólo logró un 11,5 por 100 de los votos emitidos. Está claro que los afganos desean desvincularse del pasado —la corrupción ha sido la gran lacra de los sucesivos gobiernos de Karzai— y renovar las esferas de poder.

En la primera vuelta celebrada en abril participó el 65 por 100 del electorado, 35 por 100 mujeres



Tan solo cuatro años separan estas fotos: a la izquierda el pasado abril, mujeres afganas recuentan votos. A la derecha, en 2010, el rostro de Aisha Bibi.

Votos, libros y velos caídos sobre los hombros

EL extremismo tiene miedo de los lápices, los libros y del poder de la voz de las mujeres, por eso las matan». Esta frase, pronunciada el mismo día que cumplía 16 años ante la Asamblea de las Naciones Unidas por Malala, la niña paquistaní a quien los talibanes intentaron asesinar por el mero hecho de ir a la escuela, resume a la perfección la agonía de un colectivo, el de las mujeres, que ha sufrido en sus carnes más que nadie el ostracismo de la intransigencia y que representa como ninguno la incansable lucha por conseguir un futuro mejor. Sus anhelos por salir adelante no han cesado en estos años. Y siguen luchando. Tras la caída del régimen talibán, miles de mujeres afganas se lanzaron a la calle en busca de cosméticos: pintarse los labios se convirtió en un gesto banal que representaba la forma de reivindicar su dignidad, su libertad y su condición femenina después de decenios en los que el mero hecho de llevar las uñas pintadas podía costarle la amputación de los dedos. O la vida. Tenían prohibido estudiar, enseñar su rostro, recibir atención médica o simplemente demostrar cualquier atisbo de felicidad. No existían las risas femeninas bajo el yugo talibán. Eran sinónimo de pecado. Hoy, trece años después, las afganas hacen cola para votar y son parte activa de la vida política.

Pero queda un largo camino que recorrer. Todavía hay zonas rurales donde se imponen sin miramientos las tradiciones ancestrales. Ninguna ley respalda estos comportamientos, pero lo cierto es que si una mujer casada quiere visitar a sus padres y el marido se opone, no le queda más remedio que quedarse en casa.

Sushima Benerjee, una escritora hindú casada con un afgano y activista de los derechos de las mujeres, fue asesinada de 20 balazos el pasado septiembre en la puerta de su casa. En el año 2010, Aisha Bibi, una joven de 19 años se convirtió en portada de la revista *Time* con su amputado rostro a cara descubierta. Su gesto desafiante, ya sin miedo y retratado por la fotógrafa Jodi Bieber, fue elegido como la mejor en los *World Press Photo* de ese año. Cuando tenía 12 años, su padre se la entregó a un combatiente talibán como compensación por el

Aunque la intransigencia sigue, hoy las afganas pueden mirar al futuro

asesinato cometido por un miembro de su familia. A los 18, cansada de los abusos y el maltrato, intentó huir y regresar a casa de sus padres. Pero un tribunal rural la condenó a volver con su marido: la llevó a las montañas, la ató a un árbol y la cortó la nariz y las orejas. Alguien de rescató y la llevó a un hospital norteamericano. Hoy vive en Estados Unidos.

Los datos de 2013 presentados por el gobierno afgano cifraban en 167 las agresiones

contra escuelas de niñas (49 por 100 de ellos atribuidos a talibanes, 25 por 100 a fuerzas gubernamentales y el 26 por 100 restante a atacantes sin identificar). Se emplearon artefactos explosivos improvisados y ataques suicidas, la quema de escuelas y el secuestro o asesinato del personal docente.

Pero ya no se considera algo honroso. Ahora, al menos con la Ley en la mano, se persigue. La Constitución aprobada en 2004 garantiza la igualdad de sexos. Hoy las mujeres estudian, trabajan, votan. El 30 por 100 de los escaños del actual parlamento afgano está ocupado por mujeres. El pasado 1 de abril, días antes de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, las mujeres afganas ocuparon por unas horas la *Loya Jirga* (la asamblea de notables, el símbolo de poder tribal y masculino más importante del país) para escuchar a Habiba Sarabi. Esta mujer, candidata a la vicepresidencia, eligió este foro para su último mitin de campaña. «Hombres y mujeres somos iguales y debemos trabajar para hacerlo efectivo», dijo la ex gobernadora de Bayimán. Lo hizo ante un auditorio repleto de mujeres a cara descubierta, algunas incluso con el velo caído. Querían escuchar y ser escuchadas. Como dijo Malala ante una emocionada Asamblea de la ONU «hablo por aquellas cuyas voces no pueden ser oídas, por las que han luchado por sus derechos de vivir en paz, su derecho a la igualdad de oportunidades y su derecho a ser educadas. Queridos amigos, el día que los talibanes me dispararon en la frente, a mí y a mis amigas, pensaron que la bala nos silenciaría, pero fallaron. Aquella bala elevó cientos de voces».

LA GARANTIA DE LA SEGURIDAD

Desde 2001, la ISAF ha tenido como misión principal proporcionar las condiciones de estabilidad necesarias para que el Gobierno de Afganistán y las organizaciones internacionales allí desplegadas tuvieran unas condiciones adecuadas para reconstruir el país. Había que acabar con la amenaza talibán, ayudar a crear y adiestrar unas Fuerzas de seguridad afganas, la puesta en marcha y certificación de un sistema penitenciario nacional y desarrollar proyectos de infraestructura y educación. Y evitar que el país pudiera caer de nuevo en manos de los terroristas. En estos años, ISAF ha sido la mayor y más compleja operación militar de la OTAN, articulando una coalición de hasta 50 países.

En la cumbre de Lisboa de noviembre de 2010, los jefes de Estado y Gobierno asumieron como prioridad la progresiva entrega de responsabilidad a las fuerzas afganas. El proceso de transición —denominado por la OTAN *Intequal* por ser uno de los pocos vocablos en el que coinciden las dos lenguas mayoritarias del país, pastún y dari y cuyo traducción literal sería «entrega»— finalizará en diciembre de 2014.

Actualmente, las fuerzas afganas ya son las responsables de la seguridad del 87 por 100 de su población. En la reunión de Chicago de 2012, la Alianza asumió su compromiso de permanecer más allá del fin de la ISAF. Los aliados también acordaron destinar 4.100 mi-



Pepe Díaz

Estados Unidos ha anunciado que dejará 9.800 soldados en Afganistán y mantendrá varias bases, entre ellas la de Herat.

La población afgana ha sido víctima durante decenios de guerras y subdesarrollo. Debajo, una calle de la localidad de Sang Atesh, en Badghis.

llones de dólares anuales a la financiación de las Fuerzas Armadas afganas. En diciembre de 2013, los ministros de Defensa aliados aprobaron una nueva misión, *Resolute Support* (apoyo decidido) que mantendrá su asesoramiento a las fuerzas afganas. La nueva operación, con una filosofía no de combate, será mucho menos numerosa (permanecerán unos 12.000 efectivos, y en este momento hay 52.000) y contará con un amplio consenso de la comunidad internacional: además de los 22 países no OTAN que participan actualmente en ISAF, once más han confirmado su presencia en la nueva misión.

En este momento, las desertiones o los atentados realizados por los propios militares son las principales amenazas. También hay que consolidar la estructura territorial y afianzar el mando. Las Fuerzas Armadas afganas están subordinadas al ministerio de Defensa afgano e incluyen un Estado Mayor (EMG) y divisiones de inteligencia, asuntos públicos, salud, asesoría jurídica, personal y comunicación estratégica. Del EMG dependen directamente el Comando de Fuerzas Especiales (GFC), la Fuerza Aérea (en este momento, la más débil y el cuerpo que más adiestramiento internacional requiere), las Academias y la Fuerza Móvil de Combate (*Mobile Strike Force*) una reserva general constituida por dos brigadas dotadas con medios mecanizados ligeros.

Rosa Ruiz



Pepe Díaz